

TODA historia es, en el fondo, historia personal. Pensadores de signo opuesto, ideólogos de tendencia contraria discutirán la visión del pasado chileno que impone la obra de Jaime Eyzaguirre: los mismos hechos, vistos a otra luz, toman un colorido diferente porque reflejan el temperamento del observador; pero hay algo en la figura del maestro desaparecido que exige y ha logrado un reconocimiento unánime; es la categoría de su personalidad, su carácter abnegado de misionero sin más ambición que la muy lógica en un talento dominado por la vocación de la verdad.

Jaime Eyzaguirre la tuvo y la sostuvo inquebrantablemente.

Debió luchar duro por rehacer una situación hereditaria que había recibido sin los medios de mantenerla: deberes imperiosos, limitaciones inflexibles, en un ambiente más difícil cada día. Batalló en el terreno oscuro de la enseñanza y el aprendizaje, de la cátedra y la investigación, labrándose contra la corriente un prestigio ajeno a todo bullicio transitorio. El no quería brillar, sino servir. Su conciencia no conocía trizadura. Pudiendo tomar la senda fácil que lleva al éxito seguro, escogió la puerta estrecha, prefirió la vía empinada, el trabajo tesonero que sólo satisface una fe rigurosa.

Hubo en su vida momentos en que la tentación fue poderosa y los honores lo llamaban; porque el mérito también tiene su hora y el estoicismo sus oportunidades. Eos instantes, en que la voluntad del hombre se define, lo hallaron abroquelado de un justo desdén, con el gesto contraído del que primero ha debido vencerse para salir de sus conflictos interiores.

Los de Jaime Eyzaguirre fueron de esos que la mayoría ignora y no es extraño que, a la distancia, lo desconocieran.

El linaje y la posición deslumbran a quienes los creen de explotación sencilla y muchos evadían las sombras lústras que evoca un nombre histórico, llave sin duda para el después a abrirse paso a cualquier precio, pero, cadena y fardo pe-

Jaime Eyzaguirre
Linaje
de
un
maestro
de
nuestra
historia

zado si no se transige y asumiendo su dignidad con valentía.

La suya estuvo en la carrera de maestro adoptada en su plenitud, ejercida con tenaz constancia y que extendió a una actitud de filosofía religiosa, íntegra y práctica, capaz de armonizar la teoría con la existencia.

En eso no lo detuvieron el interés ni el amor propio.

Sin duda su sangre vasca con aporte semítico, que él nunca disimuló, le habla favorecido dotándolo de una voluntad potente; pero ese mismo factor, esa energía fundamental debía inevitablemente crear en torno oposiciones y resistencias ante las cuales otros hubieran dudado.

El no les temió. Mientras todo su esfuerzo se tendía al máximo hacia el bien común y lo que consideraba la salvación del país, para sí solo pedía un minimum y estaba pronto al sacrificio aun de las más justas satisfacciones.

Raros y preciosos siempre, estos profesores de un ideal austero merecen el epíteto de heroicos en una época que otorga el triunfo a la palabrería demagógica, a la declamación altisonante. Son hombres de verdad.

Un ciego aletazo de la suerte lo tendió, en una selada obscuridad; pero el instanteo levantarse de su imagen comunicada a su memoria una virtud reconfortante, como si ese rayo repentino la hubiera iluminado, poniendo de relieve perfiles que permanecían en penumbra.

La consternación que ha caído sobre los que oían su palabra y bebían en sus textos una enseñanza pura muestra la amplitud de su acción y prueba que era más vasto de lo que se suponía el radio de su influencia, que no estaba solo, que no era el único en rehusar la corriente de los que halagan al vulgo numeroso y ponen al viento de la moda su veia ambiciosa e incoherente.

Este pensamiento que brota de su tumba inspira, pese a la congoja, una especie de seguridad que viene a ser como su legado y su última enseñanza.



Copia del busto hecho en España a Jaime Eyzaguirre por el célebre escultor Enrique Fdez Comendador, autor del monumento de Pedro de Valdivia que se alza en la Plaza de Armas de la capital.